



el más riguroso secan los mejores melones del mundo, los que llevan el nombre del pueblo de Villaconejos y se dan a las mil maravillas en todos aquellos predios del mediodía matritense, saltando también a los terrenos vecinos guadalajareños y toledanos.

Estos frutos de autenticidad mora, verdes por fuera, como el estandarte del profeta, y amarillentos, almidarados, carnosos y casi carnales por dentro, aguanosos, suaves y perfumados, llevan la fama de Villaconejos por delante, expandida en la amplitud del ruedo ibérico, y aún más allá de nuestros mares y fronteras. Y aunque en Villaconejos haya melones insuperables, desde el «tendral» e invernal al inicial veraniego, los cosechados en los términos de los otros lugares de aquellas amplitudes tam-

poco desmerecen ante los de la tierra villaconejera. Un melón de Morata, o de Aranjuez, o de Añover, o de Ciempozuelos, o de Titulcia, también tiene usía y hasta excelencia.

En tales pueblos a nadie se le ocurre aconsejar a quien vaya a escoger un melón para partírlle: ¡«Cuidado con el que atrapas, no vayas a traernos un pepino»! Todos están en su punto, porque todos ellos maduraron en su planta, en su cama terrena, y cuando les cortaron en el melonar ya habían conseguido la exacta y puntual madurez.

Insistamos en que la calidad de los melones de Villaconejos es bien semejante a la de los otros compañeros de esta cucurbitácea de términos limítrofes. Pero lo supremo de Villaconejos son, no los melones, sino los meloneros, los hombres que les

siembran, les cuidan y les atienden hasta que es llegado el momento de su entrega al cosechero o al mercader. Los meloneros villaconejeros salen del pueblo a sembrar, cavar y apañar melones allí donde requieren sus insuperables servicios. Están fuera del pueblo los meses necesarios, los que su labor requiere, y salen de Villaconejos con la familia y los animales propios por delante, y en el carro portan los útiles de la cocina, las ropas de cama, cuanto estiman necesario para seguir haciendo la misma vida que en el pueblo nativo. Si posible fuese llevarían con ellos la casa entera.

Después de rematada la faena vuelven, en la dorada madurez del otoño, a su pueblo, a este pueblo amplio y redondo de la provincia de Madrid, aclocado entre Chinchón y Aranjuez, seco y pródigo a la vez, donde vanean la plata en los meses de asueto quienes la ganaron en los duros meses de trabajo incesante, con sudor, tesón e inteligencia.

Hay allí casino, bares y tabernas, cines y bailes, y en tales centros recreativos reina una euforia deslumbrante. En las bodegas, donde reposa el vino de subidos grados, abundan las merendonas. Y el blanco «fenómeno» asciende a la cabeza que es un gusto, en llamaradas de óptimos pensamientos.

La mujer sale poco de su casa, a lo morisco. Mira y ve la calle y el personal desde la ventana, tímida y con recelo... Pero si dicen de una moza cualquiera que está «enamora», a casarse tocan...

Es mucho y bueno lo que hay que recorrer y ver por estos y otros corros de la provincia de Madrid, que centra España.

JULIO ESCOBAR

LABOR ESPIRITUAL DE LOS CAPELLANES DE LA DIPUTACION

TODOS los años, los Capellanes presentan una Memoria del desarrollo de sus actividades en los Centros respectivos, que llega, a través del Ilmo. Sr. Secretario de la Corporación, a la Presidencia.

En ella pueden apreciarse los diversos aspectos del trabajo apostólico de los Capellanes Provinciales, y cada año aumenta el celo y la preocupación espiritual de ellos hacia las almas encomendadas a su servicio.

En el Asilo de Ancianos de San Isidro, de Aranjuez, hay un Capellán encargado de los servicios religiosos, que cumple admirablemente su cometido en la salvación de las almas de los acogidos.

En el Hospital Provincial, los cinco Capellanes, que hacen guardia turnándose permanentemente, hacen una labor eficaz con los miles de enfermos, recorriendo las Salas, administrando los Santos Sacramentos, habiéndoles y aconsejando debidamente, y hay que reconocer que las guardias son muy duras; apenas habrá noche que no tengan que levantarse del lecho para auxiliar algún enfermo o herido, que llega desde cualquier parte y que es recibido con toda caridad y resignación cristianas. Labor magnífica la de estos Capellanes, que tienen que atender también a la predicación en las Misas de los días festivos y a las Confesiones de los enfermos.

Otro Establecimiento similar es el Hospital de San Juan de Dios. Dos Capellanes atienden y practican su celo apostólico; se turnan en las guardias semanalmente. Con la incorporación de las Salas de Oncología, su trabajo es mayor.

Tienen sus cultos especiales, el Santo Rosario, la Santa Misa y la predicación, las visitas a las Salas, consolando tantas miserias de aquellos enfermos, muchos incurables, ejercitando su celo pastoral, su paciencia maravillosa, que merecen nuestro respeto y admiración.

En el Instituto Provincial de Obstetricia y Ginecología hay tres Capellanes a su servicio. Su labor es también magnífica; además de la Santa Misa, la predicación, las instrucciones a las acogidas, los bautismos y demás funciones propias de su cargo, extienden su celo a todo el personal de la Casa, pues surgen casos y consultas de los ilustres Facultativos para resolver problemas de conciencia profesionales, que tienen que orientar satisfactoriamente, sin faltar nunca a su deber.

En el Colegio de Nuestra Señora de las Mercedes hay dos Capellanes, que atienden a las necesidades de las Hijas de la Caridad y de las Colegiales.

Además de la administración de los Sacramentos de la Penitencia y Comunión, tienen sus clases de Religión

y preparan a las alumnas para los diversos cursos y grados propios y específicos del Colegio.

En el Instituto Provincial de Puericultura y Colegio de la Paz hay dos Capellanes; el primero es Rector de la Iglesia, por existir un Patronato o Junta de Damas, que participa en los fines fundacionales.

La labor apostólica aquí es grande, pues se puede considerar esta iglesia rectoral como un cuasi-parroquia «*servatis servandis*». Además del trabajo interior de las cincuenta Hijas de la Caridad y de varios centenares de alumnas, a las que se atiende en la administración de los Santos Sacramentos, existe un núcleo de personas de fuera que asiste diariamente a los cultos; muchas hacen de esta iglesia su centro espiritual, y allí se confiesan y comulgan...

Los días festivos se celebra la Santa Misa desde las siete de la mañana hasta las doce, cada hora, y es muy grande el número de asistentes a ellas, y hay que atenderles en la recepción de los Sacramentos de la Penitencia y Comunión.

La predicación del Santo Evangelio o puntos doctrinales se hace en todas las Misas dominicales y festivas, y es admirable el fruto que se consigue.

Se administra casi diariamente el Sacramento del Bautismo a los niños que ingresan y se procura instruir a las niñas en las clases y a las amas allí acogidas.

También funciona un Colegio de externas, atendido por las Hijas de la Caridad, y los Capellanes se preocupan de su formación espiritual y social.

El Santo Rosario se reza diariamente por todas las Colegiales, bien en las clases o en la iglesia, con cultos especiales durante los meses de Octubre, Mayo, Junio y toda la Cuaresma, con el Santo Via-Crucis y ejercicios espirituales.

Se trata de una formación global, preparar a estas jóvenes con vistas al futuro y colocarlas al llegar a los dieciocho o veinte años, adiestrándolas en la lucha con el exterior y capacitándolas como dignas alumnas de este Colegio.

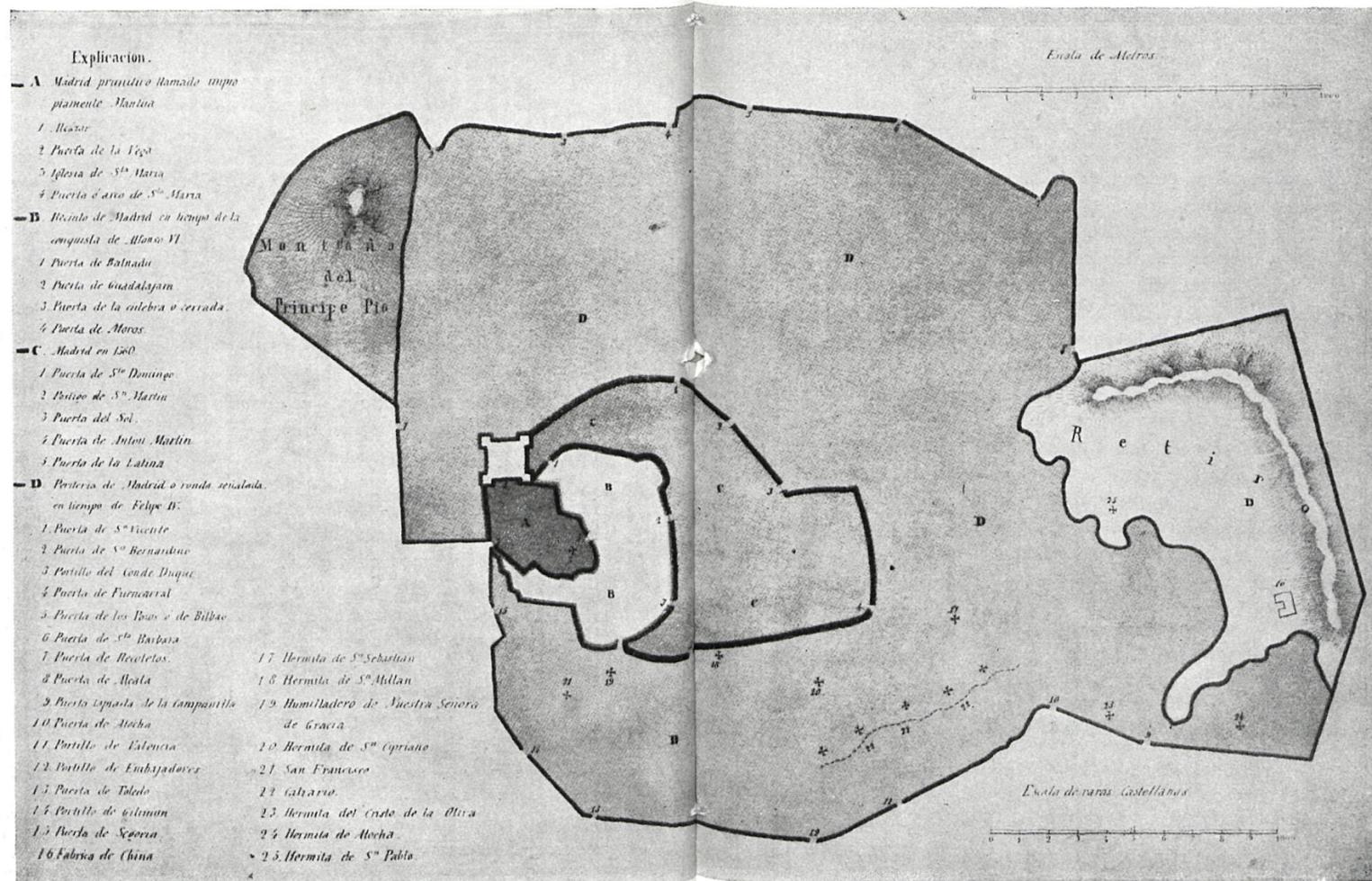
Funciona la Asociación de Antiguas Alumnas, que es un lazo de unión con el Colegio, y todos los segundos domingos de mes tienen sus cultos especiales y su reunión para cambiar impresiones y resolver sus múltiples problemas.

No quiero dejar una faceta especial, y es que brotan de vez en cuando vocaciones religiosas, y gracias a Dios, varias Misioneras recorren tierras de Hispano América, que acreditan la labor formativa del Colegio.

En fin, para resumir, en todos los Establecimientos Provinciales se trabaja bien y profundamente en su cometido espiritual, y los actuales Capellanes, jóvenes y mayores, forman un plantel de categoría, por su formación y altura y, tal vez, no se aprecie su trabajo oculto y callado, pero a los ojos de Dios, grande y manifiesto.

En fin, este trabajo, aparte de ser un sincero homenaje de un modesto Capellán a sus compañeros abnegados, que van dejando su salud y sus años en beneficio de las almas acogidas en otros establecimientos, es testimonio de una labor apostólica, llena de amor, de la que puede sentirse bien orgullosa la Diputación Provincial de Madrid.

JOAQUÍN AGUADO



Los cuatro recintos amurallados que rodeara la Villa de Madrid se señalan claramente en este plano. El primer recinto --marcado con una «A»-- corresponde a la fabulosa Mantua, a un Madrid legendario. El segundo recinto --señalado con una «B»-- es el Magerit de los árabes. El tercero --en el plano figura con una «C»-- recoge ya a la capital de España, y, por último, el Madrid de los Austrias, limitado con una «D».

LAS MURALLAS Y PUERTAS DE MADRID

El Madrid del siglo XVI

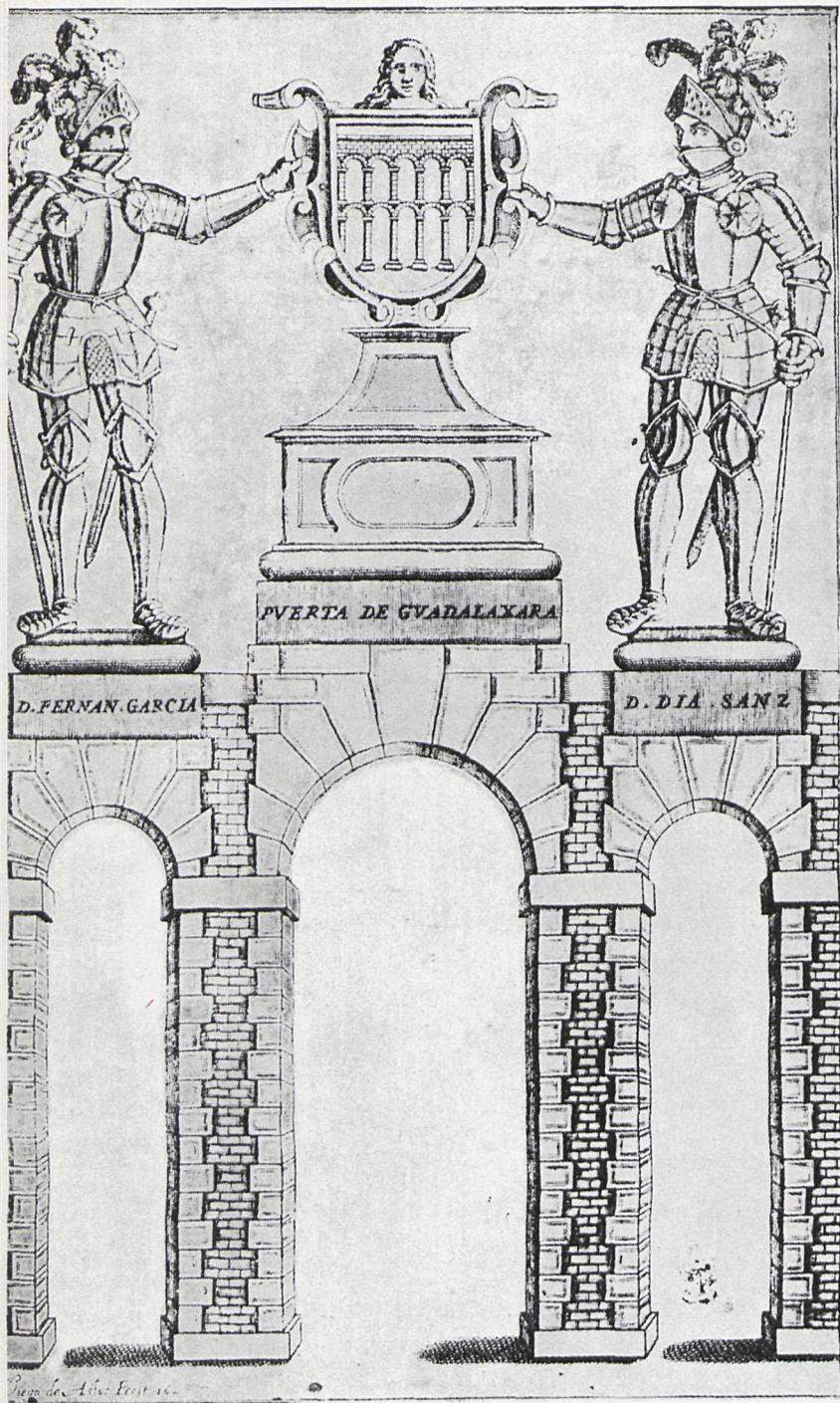
AL concluir el reinado de los Reyes Católicos, Madrid era todavía la modesta villa que no podía competir, en ningún aspecto, con las grandes y famosas ciudades de España, tales como Sevilla, Barcelona, Burgos, Toledo y Zaragoza; pero ya con el emperador Carlos V, su población experimentó un aumento considerable, como así lo consigna el historiador de Indias, Gonzalo Fernández de Oviedo, que, como nacido en Madrid, se ocupó mucho de sus cosas. Así vemos que dice: «En el tiempo que yo salí de aquella villa para venir a las Indias, que fué el año 1513, era la vecindad de Madrid de tres mil vecinos, et otros tantos los de su jurisdicción et tierra; et cuando el año que pasó de 1546 volví á aquella por procurador de la ciudad de Santo Domingo et de esta isla española...

en solo aquella villa et sus arrabales había doblada, ó quasi la mitad mas vecinos et serían seis mil, poco mas o menos, á causa de las libertades y franquicias et favores que el emperador rei Don Carlos nuestro señor le ha fecho.»

De modo, que como este crecimiento continuó en rápido aumento a todo lo largo del reinado del primer Austria, bien puede calcularse que al establecer, en el año 1561, Felipe II la Corte en Madrid, la población no bajaría de los veinticinco o treinta mil habitantes, que de golpe, casi se duplicarían, pues según fidedignos historiadores, con el monarca se trasladaron desde Toledo unas veinte mil personas, entre palaciegos, servidumbre y funcionarios, de todas clases, con sus familias. Da idea de lo apre-

tada que estuvo la gente en el Madrid de Felipe II, el que éste tuvo que poner en vigor el derecho de «regalía de aposentos», promulgado durante el reinado de su padre, mediante el cual el soberano podía disponer de todos los segundos pisos de las casas que se construyesen; medida que llevó consigo el que los madrileños edificasen «casas de malicia», porque constaban de un solo piso, lo que dió por mucho tiempo un aspecto peculiar al vecindario madrileño.

No obstante, el Madrid de Felipe II adquirió rápidamente aspecto de gran ciudad a partir del establecimiento de la Corte, con amplias calles como la de San Bernardo, Mayor, Atocha, Toledo y Alcalá, con la Carrera de San Jerónimo y el paseo del Prado del mismo nombre, y con



La famosa Puerta de Guadalupe, famosa en los siglos XIV, XV y XVI. Situada, aproximadamente, en la parte más alta de la calle Mayor.

plazas como la situada delante del Alcázar Real, la de la Iglesia de Santa María, la de la Villa y la Plaza Mayor o del arrabal, que pasaría a ser la principal de la Corte.

En todas estas calles y plazas, había ya cuando se instaló la Corte grandes casas, como las que tenían los Lasso de Castilla, descendientes del rey don Pedro, que ocupaban casi toda la fachada occidental de la plazuela de la Paja, lindante con la parroquia de San Andrés; las del duque de Medina Sidonia, almirante de Castilla, contiguas a la iglesia de Santa María; las de don Juan Arias, conde de Puñonrostro, en la plazuela del Cordón; las de Uceda, hoy Consejo de Estado; el palacio donde nació la princesa doña Juana, hermana de Felipe II, y donde

ella fundó el convento de las Descalzas Reales, y otras del Madrid de entonces, tales como las de los Vargas, Ramírez, Bozmediano, Lujanes, Zapata, Cárdenas y otros ilustres nombres de la genealogía madrileña.

Respecto a los conventos e iglesias, la villa los tenía en gran cantidad, tantos de los primeros, que ya Carlos I tuvo que dar una pragmática ordenando que no se construyesen más dentro del recinto urbano, pues los que había ocupaban buena parte del casco de la población. Eran los más importantes los de la Concepción Francisca y Jerónima, fundados por la célebre Beatriz Galindo, la Latina, esposa del no menos célebre Francisco Ramírez de Madrid, el Artillero; el de Santo Domingo el Real, que databa del siglo XIII; el ya citado de las Descalzas Reales; el de la Trinidad, en la calle de Atocha; el del Espíritu Santo, donde hoy están las Cortes; el de San Felipe el Real, y bastantes más que, con las diez parroquias y los diecisiete hospitales que había en Madrid cuando Felipe II trajo su Corte, darán idea de la importancia de la Villa, que en menos de un siglo se iba a poner a la cabeza de las ciudades españolas.

Las murallas

DESCARTADOS los orígenes fabulosos de Madrid, que hacen remontar su fundación nada menos que al año 1560 después del Diluvio, y limitada su historia dentro de los confines de la dominación musulmana en España, cabe pensar que el comienzo de su núcleo urbano fue, como en tantas otras ciudades de la Reconquista, el de un humilde burgo construido en los alrededores de una fortaleza, de la que recibía protección bien contra las algaradas de la morisma, bien contra las correrías de los cristianos, según perteneciese a uno u otro de los bandos en lucha. Este debió ser el origen del Maquerit medieval, cuya tradición se perpetuó, de siglo en siglo, hasta llegar a nosotros en las conocidas quintillas de Nicolás Fernández de Moratín, aquéllas que dicen:

«Madrid, castillo famoso
que al rey moro alivia el miedo,
arde en fiestas en su coso
por ser el natal dichoso
de Alimenón de Toledo.»

Cosa que en nuestros días ha confirmado la historia al decirnos que ya Almanzor tenía a Madrid como base de operaciones para sus asoladoras campañas en campo cristiano. Pues bien, sobre esta fortaleza que conquistó Alfonso VI en 1083, los reyes castellanos fueron construyendo su Alcázar, situado en el mismo sitio donde hoy se alza el Palacio de Oriente, y que con su recinto comprendía una muy pequeña parte de lo que hoy es Madrid.

Arrancaba la muralla desde el mismo Alcázar, para ir hacia la cuesta de la Vega, donde se encontraba la

puerta de su nombre, torcía a la izquierda, al llegar al barranco que hoy atraviesa el Viaducto, por detrás del pretil de los Consejos, volviendo por la calle Mayor, a la altura de la calle del Factor, a través del Arco de Santa María y por los altillos que hay frente a la Almudena, a buscar el Alcázar. Este recinto es el más antiguo que tuvo Madrid, y tan reducido que puede decirse que lo constituían el Alcázar y sus inmediaciones.

La segunda muralla, que es la que corresponde al Magarit de los árabes, tenía su comienzo en el primer recinto, que seguía hasta la puerta de la Vega, y de aquí, por detrás de los palacios de Malpica y de Benavente, a la cuesta de Ramón, por donde atravesaba la calle de Segovia y subía por la cuesta de los Ciegos al descampado de las Vistillas; seguía luego por la parte posterior de las casas de los Lassos y rinconada de San Andrés hasta la puerta de Moros. Desde aquí continuaba, por entre la Cava Baja y calle del Almendro, a salir a Puerta Cerrada, para ir, por la calle de Cuchilleros y Cava de San Miguel, hacia la Puerta de Guadalajara, situada en la calle Mayor, entre la plazuela de San Miguel y la calle de Milanese; continuando su trazado por las calles del Espejo y de la Escalinata a los Caños del Peral y puerta de Balnadú, junto a la cuesta de Santo Domingo, y de aquí al Alcázar.

Este segundo recinto, que es el que más tiempo rodeó a Madrid —en el plano de Teixera, de 1656, todavía se puede seguir parte de su recorrido— era una formidable muralla construida de pedernal y argamasa fortísima, que por su solidez, algunos creyeron romana. Tenía 128 torres o cubos que la reforzaban, y algunas de sus puertas, como la de la Vega, Balnadú y Cerrada, eran verdaderos bastiones para su defensa. Por la clase de material que figuraba en su construcción, el pedernal, recibió el nombre de «muralla de fuego», a lo que hicieron alusión varios escritores que pudieron contemplarla, entre ellos el maestro López de Hoyos, en la letrilla siguiente:

«Fuí sobre el agua edificada:
Mis muros de fuego son:
Esta es mi insignia y blasón.»

En que también se refería el poeta a las muchas fuentes y arroyuelos que surgían en Madrid por todas partes.

Por razón de haberse establecido, después de la conquista de Madrid por Alfonso VI, numerosos cristianos en los arrabales al otro lado de la muralla, poco a poco fue ensanchándose aquélla para comprenderlos en su recinto. Eran estos arrabales antiquísimos y ha quedado memoria de ellos en los nombres de las parroquias a que dieron lugar, y que se denominaron de San Ginés, San Martín y San Millán, en lugares en que todavía los madrileños de hoy pueden rememorar su historia.

El tercer recinto, que sería el correspondiente al Madrid de Felipe II, partía también del Alcázar, y por detrás del convento de la Encarnación pasaba por la «Huerta de la Piora» (donde hoy se levanta el Teatro Real), y seguía a lo alto de la Cuesta de Santo Domingo y puerta de este nombre, frente por frente de la calle de San Bernardo luego subía por la en parte desaparecida calle de Jácome Trezo, a encontrar el final de la calle de San

Martín (plaza del Callao), donde estaba el postigo de su nombre, para bajar por la calle del Carmen a la de Preciados y salir a la Puerta del Sol. Desde este punto se dirigía por la Carrera de San Jerónimo, y aproximadamente a la altura de Cedaceros torcía para ir a buscar la plazuela de Antón Martín, en donde giraba hacia el Oeste, cruzando la calle de Toledo a la altura de San Millán con el portillo de su nombre, y, finalmente, enlazar con la antigua muralla en Puerta de Moros.

Esta tercera muralla de Madrid ya no tuvo la consistencia de las dos anteriores, pues era en su mayor parte de ladrillo, razón por la cual el Ayuntamiento madrileño tenía que acudir con frecuencia a reconstruirla, como consta en las actas que se conservan en su archivo, y aun así en tiempo de Felipe II, estaba arruinada en muchas de sus partes, cosa que se repetiría en los reinados siguientes, hasta que Felipe IV ordenó, en 1625, reconstruir la cerca de Madrid, que debía estar en muy

Así era la primitiva Puerta de Alcalá. Por ella entraron en Madrid --en el año 1247-- San Pedro Nolasco y el azote terrible --en 1438-- de la peste.

